

Esto no son unas memorias

JESÚS MONTES ESTRADA, *CHURRUCA*

Una larguísima entrevista sobre mi vida para el diario digital *Asturias24* que su director, mi amigo y excompañero de Corporación Álvaro Díaz Huici, me pidió insistentemente en 2015 fue la primera piedra de esta aventura editorial. Después de muchos y largos años, yo llevaba ya bastante tiempo lejos de la primera línea de la militancia política. Estaba y estoy en la *reserva activa* y me daba cierta pereza tener que retrotraerme sesenta años atrás. Pero lo hicimos, y reproducir mi historia, la de mi familia, las alegrías y las penurias por las que pasé; abordar todo el marco social, todo el contexto en el que esa trayectoria se enmarcó, me hizo darme cuenta de que había ciertas historias que merecían ser contadas, y que debían serlo con más extensión que la de una entrevista.

Este libro no son mis memorias, pretensión que me resulta excesivamente petulante. De lo que se trata es de presentar una visión de la sociedad a la que yo he ido perteneciendo, empezando por la Asturias en la que nació: una Asturias machacada en una España en blanco y negro que sufría una posguerra interminable. Oficialmente, con la caída del Frente Norte el 21 de octubre de 1937, fecha de la toma de Gijón/Xixón, la guerra se terminó en Asturias, pero somos muchos los que discrepamos de esa visión. La guerra *se dio* por terminada entonces, pero lo que vino después fue una auténtica ocupación militar; una continuación de la guerra por otros medios: Guardia Civil, legionarios, moros, falangistas, etcétera se ocuparon durante años de la represión, las torturas, los asesinatos, los *paseos* de miles de héroes de la resistencia republicana, repitiendo lo que ya habían perpetrado tras la revolución del 1934. Esta vez vinieron para quedarse por muchos más años. Hoy todavía hay en Asturias más de trescientas fosas comunes.

En 1937 llegó la paz, pero la paz de los cementerios, la de la *fame*, la de las penurias más terribles, la de las humillaciones más sangrantes (aunque también la de la solidaridad nunca perdida). Y no, la guerra no se terminó entonces: la continuaron los *fugaos*, nuestros *fugaos* lanzados al monte para intentar salvar sus vidas y a la vez mantener viva la lucha por la libertad y en defensa de la República. El último *fugáu* asesinado por la Guardia Civil fue Ramón González, *Ramonón el de les Codes*, oriundo de Puente Carbón, poco más arriba de Ciañu (Llangréu). Corría el año 1952. Y hasta marzo de 1953 se siguió fusilando a combatientes leales al gobierno

legítimo del Frente Popular en el Cementerio de El Sucu, en Ceares (Xixón). Más de 1967 mujeres y hombres fueron asesinados allí. Uno de ellos era mi *güelu*, Jesús Montes García, asesinado a las cinco de la mañana del 30 de mayo de 1940 después de meses de torturas tras ser detenido. Cuando mi *güela* Chucha, su mujer, lo visitó en su lugar de encarcelamiento (hoy la Escuela de Hostelería de Begoña [Xixón]), no lo reconoció de tan desfigurado como lo habían dejado. Más tarde lo enviaron a la cárcel de El Coto y de allí a El Sucu. Su parte de defunción, como el de tantos otros, certificó su muerte por «hemorragia interna traumática». Había sido acusado y condenado en un tribunal militar fantasma con otros más, en el Antiguo Instituto de Xixón, por «adhesión a la rebelión».

El hambre, las penurias, fueron terribles para todos, leales a la República o no. En La Güeria Carrocera, mi pueblo, la inmensa mayoría de mis amigos y amigas habían nacido en torno al año 1950: entre 1937 y 1950 nacieron muy pocos niños. Resulta muy pedagógico contemplar fotografías nuestras de aquella época: realmente parecen estampas de personas del siglo XIX y no de chavales del XX. En la escuela, la letra con sangre entraba, y el fascismo siguió entrando con sangre durante lustros para quienes nos comprometimos en la lucha contra el franquismo, por la libertad y en defensa de la democracia.

No es ésta una publicación que se escriba desde el *yo, yo*. Después de darle varias vueltas a si merecía la pena iniciar este proyecto y de recibir palabras de ánimo de muchos amigos y amigas y conocidos de distintas procedencias, lo que me hizo decidirme a abordarlo fue dar con un tipo de narración en cierta manera novedoso: el de un tercero que fuera relatando los hechos como mirando desde una ventana todo lo que va ocurriendo en el exterior de su casa durante años. Ese tercero es un chaval joven: Pablo Batalla Cueto, que a la vez que desgrana los devenires de mi mundo *piquiñín* va engarzándolos con las cosas, guerras y situaciones geopolíticas que fueron teniendo lugar en el mundo con mayúsculas y que también afectaron a mi pequeño mundo del día a día. No me hubiera decidido a publicar este libro si no hubiera tenido la convicción de que a través de él podía contribuir modestamente a resaltar la memoria del movimiento obrero y en especial la de cuantos mineros, siderúrgicos, metalúrgicos y trabajadores con sentido de clase en general fui conociendo a lo largo de mi vida, muchos de ellos hijos e hijas de aquellos héroes de la huelga general de 1917, la revolución de 1934 y la defensa de la legitimidad del Frente Popular a partir de 1936, en aquella guerra que los vencedores se empeñaron en denominar *civil* denominándose a ellos mismos *nacionales* cuando lo que fueron es unos golpistas militares apoyados por los fascistas italianos, los nazis alemanes (que vinieron a España a probar su aviación y su material de guerra), los moros, los portugueses de Salazar, el Vaticano, la oligarquía, los terratenientes y la banca, todo ello con la ayuda fundamental de la política de *no intervención* de Francia y Gran Bretaña. La guerra de España, a la que debemos llamar así, fue sin duda el primer acto de la segunda guerra mundial. Cuando nos dominan con el lenguaje, cuando la derecha nos hace utilizar su len-

guaje, nos empieza a dominar cultural e ideológicamente, y difícilmente podemos ofrecerle la resistencia adecuada.

Relatar estas vivencias también me permitía, y ello también me decidió a hacerlo, echar la vista atrás y hacer balance del último medio siglo de historia de *les cuenques*, de Xixón y de Asturias en general. Todo ha cambiado bastante, desde todos los puntos de vista, desde aquellos años en blanco y negro y de carencias de todo tipo: sanidad, educación, transporte, salarios, jornadas interminables de trabajo, infra-viviendas, pensiones de miseria... Pero aquélla era una región vigorosa y llena de gente joven. Hoy, aquellos «oscuros castilletes, centinelas de la cuenca» son mera arqueología industrial en su gran mayoría, Hunosa es una caricatura de lo que fue, ENSIDESA también se ha reducido considerablemente tanto en producción como en empleo y los astilleros han prácticamente desaparecido (y con ellos las decenas de *chigres* de plato del día que había por todo El Natahoyo, La Calzada y Xove) tal como lo han hecho la industria de la moto, la del vidrio, la textil o la de la cerámica y empresas como Crady, Talleres de Moreda, Mina La Camocha y cientos de otras pequeñas subcontratas y empresas proveedoras que generaban miles de empleos indirectos. Los *turullos* que llamaban al trabajo desaparecieron de ciudades como Xixón, reemplazados por el ruido de los coches.

La derecha rancia y su sindicato patronal bramaban hace décadas contra la industria pública: insistían en que lo público era un «corsé» que impedía el desarrollo empresarial (o, como se diría hoy, el *emprendimiento*: deleznable comedia) y por lo tanto la creación de riqueza para una Asturias puntera en España, y consiguieron desmantelarlo. Pasado el tiempo, es buen momento para sopesar serenamente los resultados nefastos de aquel camelo. La población asturiana es hoy una población envejecida, formada en gran parte por pensionistas y jubilados. Cantidad de jóvenes asturianos forman una nueva emigración de lujo que se va de la región en busca de *nuevos horizontes* y Asturias no tardará en bajar del millón de habitantes. Entretanto, sigue mal comunicada, con la Variante de Pajares (que ya a principios de los ochenta reivindicaban Horacio y Rebollo en solitario) paralizada y sin visos de que los de mi edad vayamos a ver en funcionamiento. La actividad económica es minúscula y las pensiones cada vez más pequeñas. Todo ello se lo debemos a aquellos gurús de la derecha y la patronal, pero también a otros que practicaron y practican desde la supuesta izquierda políticas de derechas. Además, desde hace años también se viene ejerciendo una fuerte represión policial en toda España contra los movimientos sociales, sindicales y políticos, primero con la *ley Corcuera* (la de *la patada en la puerta*) y ahora con la *ley Mordaza*, aplicadas principalmente a través de fuertes multas, montajes policiales, detenciones arbitrarias, apaleamientos y el encarcelamiento de cientos de sindicalistas y activistas a los que sólo puede calificarse de una forma: *presos políticos*. España sigue siendo un Estado policial, y este libro también aspira a denunciarlo.

Relatar estas vivencias también me permitía, y ello también me decidió a hacerlo, rendir honor y reconocimiento a *les cuenques* y a su *xente*. A mi madre que tanto

sufrió; a mi padre Chus Pesetes, un valiente siempre; a otros tantos mineros, comunistas muchos; a sus *muyeres tiraes p'alantré*, que luchaban solas contra los esquirols y por la libertad y la democracia cuando tocaba; a mi *güela* Mami (Malia), con la que tantas horas compartí y de la que sólo años más tarde, ya mayor, supe que en 1940 había estado presa junto con su hermana Sarafa en Benavente, en lo que hoy es un hermoso parador de cinco estrellas (fue una pena no haberlo sabido antes: le hubiera hecho un montón de preguntas). Homenajear también a Nicasio, su marido, a quien no llegué a conocer porque se mató en una de las catástrofes mineras del Pozo María Luisa en el verano de 1951. Mi *güela* nunca superó aquel golpe terrible. Homenajear a mi *tú* Mador, único hermano de mi madre, que siempre estuvo ahí y que era *mineru* como todos mis familiares. Homenajear a mi *güela* Chucha, de la que tengo recuerdos muy vagos porque también falleció a mitad de los años cincuenta: una mujer muy menuda, de pelo totalmente blanco y muy cariñosa, que se alimentaba casi exclusivamente de café y siempre tenía una cafetera encima de la chapa de la cocina de carbón. Homenajear a mi *güelu* Chus, a quien también habría hecho muchas preguntas si lo hubiera conocido, y a mis tías Pilar, Pacita y Parito, que tanto sufrieron durante tantos años. Homenajear a Indalecio Castro y Josefina, un matrimonio valiente y comprometido, gente de siempre, cercana, cariñosa y luchadora sin tregua. A Garabatu, *paisanu* de ley y camarada que siempre estuvo a nuestro lado cuando fue preciso.

Este libro también quiere rendir reconocimiento y memoria a grandes amigos de la infancia y posteriores con los que compartí grandes momentos y que se me fueron cayendo por el camino como jirones de corazón, y especialmente a los fallecidos prematuramente: Mamel, Pepín Vega, Herminio, El Revingu... A mi primo Eloy Jesús y a su hermana Finita, fallecida en accidente de tráfico junto con otras amigas, todas muy jóvenes. A Juan Muñíz, *Juanín el de Aguínaco*, de quien se hablará mucho en estas páginas. A Milio, a Julín Llamas, a Maxi Calleja... Y a otros compañeros de lucha como Plaza, Lorenzo *el Gordín*, Monchín, Montes el del Dique, *El Roxu*, Juan Hevia, Carmen Rúa, Raúl *Pelusín*; a José Ramón *Teverga*... A Joaquín, empresario fontanero de Sama y compañero de gimnasio en Sotroñdo; a Arturo y Arcadio, de Constructora; a Esteban y su hermano Antonio *el Gitanu*; a Bonilla, a Eduardo, a Andrés Costales, a Buján; a Roberto Soriano, durante años secretario mío en el Ayuntamiento; a Josefina, de la sidrería Ramón; a Víctor del Busto, a Mazuelas; a Robertín, de Naval Gijón; a Amarilla; a Rubén, Sandrini y Pernía, de Astilleros del Cantábrico, a Paco Abad... A Vitorón, a Lito el de la Rebollá, a Manolo Otones, a Gil Guerreiro, a Isaac el Sangrín, a Manolín el de Grau, a José Ramón Herrero Merediz, a Luis Redondo, a Chefa y Antonio, pareja inseparable...

Debo rendir también el mayor de los agradecimientos a Rubén Fernández Casar, un amigo de verdad que tantas veces me ayudó en momentos muy, muy difíciles y tanto me animó en la concreción de esta aventura. A Aurelio, a Alejandro Álvarez, a Francisco Javier y Lili, a Néstor. A Álvaro Huici por su gran trabajo editorial al frente de Trea en general y en particular por el impulso determinante que prestó

para que este libro fuera una realidad. A Pablo Batalla, alma de esta publicación: sin él y sin Álvaro, este *librín* sería materialmente imposible. Y a tantos otras y otros amigos que tanto me animaron, y a los invisibles, y a mi hermano *Nika*, que estuvo *carretándome* infinidad de fotos, algunas de las cuales se han incluido en esta publicación. Y a Xabelón, compañero de fatigas, y a Willy, los dos siempre al pie del cañón.

Corre el año 2017 mientras escribo estas líneas. Se cumplen, pues, ochenta años de la partida de los *niños de la guerra* y cien de la Revolución rusa, sin la cual nunca hubiera posible la acogida de los propios niños ni la nueva visión del mundo por la que sus padres lucharon. Se cumplen también ochenta de la muerte de Antonio Gramsci. Se cumplen sesenta de las primeras huelgas mineras desde la guerra, emprendidas por los *fíos* de nuestros combatientes republicanos, la generación de mis padres, que tomaba así el relevo. Este libro también se escribe muy especialmente en homenaje a ellos.

¡Viva la xente minera! ¡Puxa Asturias!